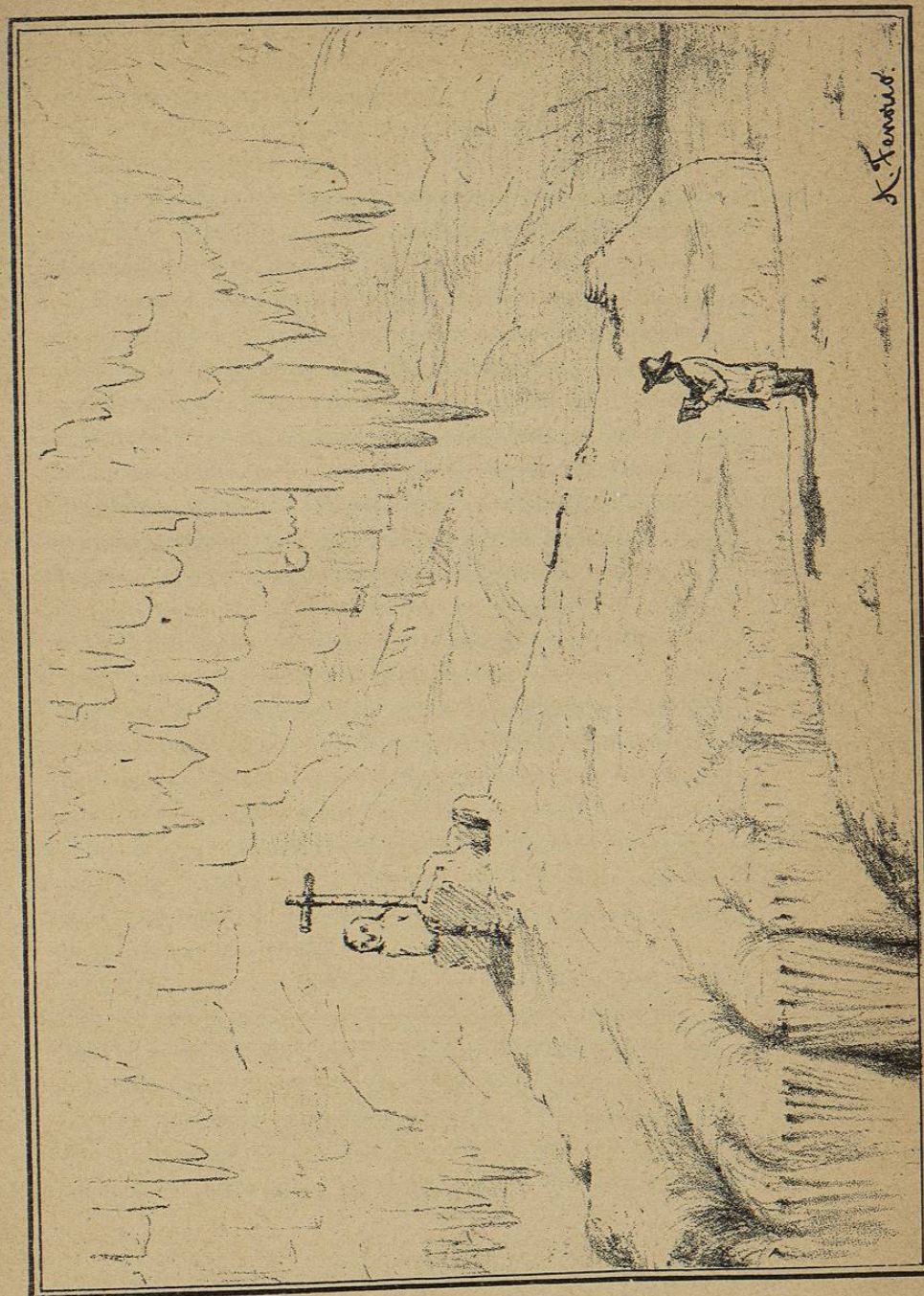


Con el interés de contemplar mejor aquel espectáculo, procuramos salir cuanto antes, y al llegar al primer salón pudimos reconocer que todo lo que habíamos visto era pura ilusión y aquel paisaje espléndido lo vimos desaparecer como si se hubiera evaporado, quedando en su lugar las peñas abruptas de la entrada y bajo las cuales crecían algunos helechos y otras plantas pequeñas, las que heridas con los rayos del sol y vistas desde el interior, eran las que se presentaban como las llanuras que tanto admirábamos. Quizá esta ilusión es una de las más completas que hemos experimentado, pues cuando nos hallábamos en el interior hubiéramos jurado que era el Popocatepetl el que veíamos y no las rocas que brillaban con el sol, y aun para cerciorarnos, así como para volver á gozar con aquel soberbio panorama, algunos compañeros nos internamos de nuevo en la caverna entre los cuales se contaba el Sr. Tenorio, que con su imaginación de artista había encontrado en aquel asunto vasta inspiración. El cuadro que presentamos al principio es copia del que ha formado dicho señor, en el que agotando por decirlo así los colores de su paleta, ha logrado hacer una pintura bastante perfecta de aquel paisaje, que á la verdad no creíamos que pintor alguno pudiera haber reproducido.

Tan luego como terminó el Sr. Tenorio con sus apuntes, nos reunimos á nuestros compañeros que instalados donde habíamos pasado la noche anterior se disponían ya para comer. El Dr. Altamirano que nunca siente fatiga y que no descansa un momento, acto continuo de haber llegado comenzó en unión de las señoritas á preparar todo lo que traía dispuesto para comer, á lo que se unió la magnífica barbacoa con que nos obsequió y las demás provisiones que D. Crescencio nos había traído de su misma casa. Así, pues, teníamos ante nosotros una magnífica comida y como el apetito era más que desenfrenado, no nos hicimos del rogar y en el momento comenzamos á dar cuenta de aquellos manjares que nos parecían deliciosos y que convenientemente remojados con buena cerveza, constituían en aquellos momentos nuestra mayor riqueza.



1^{ER} SALON
Monumento de la Cruz y el Buho

No obstante el estar diseminados en grupos y por diversos lugares, reinaba entre todos nosotros una cordialidad y alegría que hacía honor al banquete, uniformándose la conversación, que sólo era interrumpida de tiempo en tiempo por el chasquido de las botellas de cerveza.

Por fin tuvimos la fortuna de tomar hasta un poco de café y un buen dulce del que nunca le falta en el bolsillo á Alfonso Herrera.

La sobremesa, es decir el *post almuerzo*, porque no había mesa, estuvo delicioso, pues mientras unos se regocijaban tendidos en el suelo, otros sentados fumaban tranquilamente su puro y algunos entusiasmados daban vueltas en dirección del interior de la gruta, haciendo resonar las bóvedas con las notas de Carmen ó Bocaccio. Los únicos que no descansaban eran el Dr. Altamirano y las señoritas que infatigables, siempre contentas y risueñas, concluían con las últimas tareas del arte culinario, cuales son las de levantar el campo.

Nosotros nos habíamos retirado un poco del grupo para ir á descansar bajo una pequeña estalagmita que se halla á la entrada y sobre la cual han colocado una cruz de madera; el conjunto que forma aquella roca caliza, cuya figura recuerda una ave nocturna y el signo de nuestra redención vistos en medio de la gran cúpula con que principia la caverna, no pudo menos que invitarnos á la meditación, de suerte que pronto quedamos sumidos en un piélago de consideraciones de todo lo que habíamos visto, de todo lo que habíamos experimentado; pero sobre todo lamentando lo pasajeros que son para la humanidad los pequeños goces que suelen encontrarse.

Estábamos en estas y otras consideraciones cuando el Sr. Tenorio vino á sacarnos de nuestra meditación, pues acercándose comenzó á interrogarnos sobre las ideas que podríamos haber adquirido respecto á la formación de la caverna.

Pena nos daba en aquellos momentos el no poder responder al interrogatorio que con muy noble curiosidad nos dirigía dicho señor; pero la verdad es que á pesar de conocer las teo-

rías sobre la formación de las cavernas y no obstante el haber leído la mayor parte de las descripciones que han hecho de la de Cacahuamilpa, poco, muy poco podríamos decir técnicamente, pues las horas que permanecemos dentro cortas se nos hicieron para admirar todo aquel espléndido conjunto. No obstante, algunas observaciones pudimos hacer que son sobre las que versó nuestra conversación.

La caverna debe tener sobre poco más ó menos seis kilómetros de longitud y además según nuestras observaciones hipsométricas y barométricas, el piso del primer salón se halla á 178 metros abajo del nivel de la plaza de Cacahuamilpa; la altura de la montaña bajo la cual se extiende la caverna la estimamos en 200 metros sobre el mismo nivel; en consecuencia debe haber de la cúspide de la montaña á la parte baja de la caverna, unos 378 metros por lo menos; si de éstos descontamos 80 ó 90 que deben tener las bóvedas más altas, quedan cerca de 288 ó 290 metros para el espesor de las bóvedas, á través de cuya masa tiene que atravesar todo el agua que se filtra de la parte superior para salir en la caverna donde ha depositado toda la cal que disuelve en el largo trayecto que tiene que atravesar.

Como las grietas y desquebrajaduras de las rocas tienden á tomar cierta dirección debido á la misma estratificación en que se encuentran las masas que forman las paredes y techos de la caverna, iguales tendencias se notan en las incrustaciones que ha dejado el agua que corre por ellas y así es como se explica el que de trecho en trecho se encuentre mayor número de estas formaciones afectando cortinajes y otras diversas formas cuyas sinuosidades corresponden con las líneas por donde pudo correr el agua. En lo más profundo de la caverna en donde las rocas superiores están totalmente dislocadas y que las filtraciones se verifican no por grietas sino por diversos puntos indistintamente diseminados, es donde se han formado esas agrupaciones de estalactitas, que como en el salón de los Palmeros se hallan en gran cantidad distribuídas sin orden y en confusa agrupación.

Para que todas estas figuras, esas grandes estalagmitas, esas

estalactitas se hayan formado, debe haber existido primero la caverna, cuya formación generalmente se atribuye, como á todas las cavernas semejantes, á las acciones del agua que uniendo su empuje y sus acciones químicas, se abre pase en medio de las rocas. Por nuestra parte confesamos que dicha teoría no nos satisface, pues si bien es cierto que de la mayor parte de estas cavernas salen ríos, arroyos ó torrentes, provienen sin duda del agua de las filtraciones que se reúne en su interior y que al correr sobre las rocas, saturada como se encuentra de sales de cal, tapizan su lecho con ese barniz agrisado con que están cubiertas todas las rocas que se hallan en el piso y partes bajas.

Examinando atentamente la estratificación que presentan las rocas en Cacahuamilpa, se puede notar una tendencia en los mantos á converger en la línea superior que pasará por todo lo alto de la caverna, pues mientras á la izquierda se hallan en una inclinación de cerca de 13° en dirección de S.E. á N.W.; las de la derecha se hallan casi con la misma inclinación, pero sensiblemente con rumbo opuesto; estas observaciones más la de casi corresponder la línea media de la caverna con la línea de mayores alturas de la montaña, nos hace suponer que su formación es debida á que en el momento de levantarse aquellas masas calizas del seno de los mares cretáceos donde se hallaban horizontalmente, para venir á formar lo más accidentado de una parte de nuestras sierras, sufrieron en su masa dislocaciones y doblamientos que semejantes á los que resultan cuando se estruja una hoja de papel entre las manos, no sólo vinieron á originar la formación de las eminencias y de los valles, sino que debajo de esas mismas arrugas deben haber quedado huecos y vacíos que si por algún accidente se ponen en comunicación con el exterior constituyen las cavernas. Por lo demás la geología nos enseña que después de que las masas calizas fueron removidas de donde las habían formado los moluscos que pululaban en los mares mesozoicos, atravesó la tierra por un período en el que predominaron lluvias de tal suerte que aun se le da el nombre de período diluvial. Las no sólo conti-

nuas sino abundantísimas precipitaciones que caían sobre toda la tierra en aquella época, están perfectamente caracterizadas por la serie grandísima de los vastos terrenos cuyo origen sólo se debe al agua, y es justamente á la época á que debemos referir la formación de todas esas incrustaciones, de esas estalactitas y en fin, de esa espléndida ornamentación que sin tener orden arquitectónico ni estilo artístico, causan la admiración del hombre y embelesan sus sentidos.

En la época presente en que las precipitaciones atmosféricas han disminuído considerablemente, las filtraciones son relativamente más escasas y sólo puede observarse una que otra gota que desprendiéndose con dificultad cae al suelo donde se forman pequeñas estalagmitas que por su tamaño y lentitud en su crecimiento, contrastan visiblemente con las gigantescas y robustas columnas que atestiguan á su modo la época diluvial.

Entre las diversas grutas conocidas de las que existen en los terrenos calizos, creemos puede figurar la de Cacahuamilpa, si no en primer lugar, sí en el segundo, pues después de la caverna del Mamoth en el Estado de Kentucky, E. U., que tiene cerca de 15 kilómetros de profundidad y en medio de la cual existen ríos, lagos y canales, sólo la de Cacahuamilpa sabemos pase á 6 ó 7 kilómetros, pues la de Lucy en Istria sólo tiene 800 metros de profundidad. Además, muy posible es que exploraciones cuidadosas encuentren que nuestra caverna se extiende más allá de donde se cree es su fin y quizá se comuniquen con la gruta «Carlos Pacheco» ú otras que se encuentren en el seno de la montaña, aumentándose entonces su longitud considerablemente.

Durante la actual conversación sostenida con el Sr. Tenorio, habían descansado ya la mayor parte de los compañeros, por lo que nos dispusimos á marchar. Trabajo nos costó el transportar nuestros equipajes al lugar donde nos esperaban las cabalgaduras; pero cuando tuvimos ya que abandonar la caverna, separándonos de las últimas piedras que forman su boca, no pudimos menos que echar una última mirada á lo más profun-

do como queriendo atravesar las tinieblas para poder ver por última vez las maravillas que quizá no nos sea dado volver á contemplar.

Eran las cinco de la tarde cuando nos dirigimos á la gruta «Carlos Pacheco,» á donde llegamos después de corto intervalo. La boca de esta gruta es mucho más pequeña que la de la caverna de Cacahuamilpa y para bajar hay necesidad de precauciones, pues además de lo pendiente que se halla el descenso, las rocas que forman el piso no están muy seguras. No obstante, todos bajamos con intrepidez, pudiendo allí admirar una vez más la agilidad y valor de las señoritas, pues sin dificultad alguna pudieron escalar aquellos peñascos, tan sólo ayudadas por el Dr. Altamirano ó nosotros, que procurábamos tuvieran el menor peligro. Inmediatamente después de la entrada se extiende un gran salón próximamente de N. á S., que debe tener de 200 á 300 metros de longitud, por unos 20 de latitud ó tal vez 30 ó más de altura; sus paredes y sus bóvedas están tapizadas de incrustaciones blanquísimas que como la filigrana sólo dejan pequeños espacios libres por donde con dificultad se cuele la luz para mostrar y hacer brillar las últimas cristalizaciones; del techo penden algunas estalactitas y en el piso se levantan á corta altura algunas estalagmitas; pero sin alcanzar las dimensiones colosales ni la grandiosidad que se observa en las de la otra caverna. Este salón lleva el nombre de los Pebeteros. Siguiendo este salón de S. á N. y volteando á la izquierda, hay algunos pozos estrechos y un gran depósito de agua: los primeros conducen á otros salones, para llegar á los cuales hay que atravesar por lugares verdaderamente difíciles, en los que se han comenzado á derrumbar grandes masas de la parte superior y que se hallan apenas suspendidas por las mismas incrustaciones, amenazando venirse al suelo en cualquier momento, cerrando así el paso á los últimos departamentos, para llegar á los cuales hay necesidad de bajar, después de este pasadizo, unas grandes peñas. Este último salón es verdaderamente espléndido por la suma variedad que contiene en las mil y mil for-

mas que ha tomado el carbonato de cal al depositarse sobre las paredes; á esto se debe agregar, que como no ha sido tantas veces explorado como los demás, se encuentra en perfecto estado y presentando una blancura notable. En el fondo de este salón existe una lápida que recuerda la fecha en que se visitó por primera vez la gruta y que se dedicó á D. Carlos Pacheco.

Aun cuando la división en salones es menos perfecta en esta gruta, consideran los del lugar los siguientes: el de los *Pebe-teros*, que es el primero, y debe su nombre á la figura que tienen las pequeñas estalagmitas que se levantan del suelo; el de la *Dama blanca*, que se encuentra á la derecha de la entrada y en el cual se cree ver una esbelta señora con rico ropaje blanco; siguen á este el del *Monje* y el del *Pabellón*, en el último de los cuales se han desprendido las estalactitas dejando solo un estrecho pasadizo por donde con dificultad se puede pasar por entre las agudas puntas de las rocas, y por último, bajando 15 metros por entre grandes peñas se llega al salón de la *Virgen de la Silla*, en el fondo del cual se halla la placa conmemorativa de la dedicación de esta gruta. Este último salón es verdaderamente espléndido y puede compararse á la nave de un gran templo cuyas paredes mostrando riquísimos artesonados, forman vistosos juegos con las numerosas y variadas colgaduras que penden del techo, presentándose un conjunto grandioso y extraordinariamente bello.

Mucho tiempo después de haberse puesto el sol salimos de la gruta con las mismas dificultades que tuvimos al entrar, pues como dijimos es peligroso el paso que da acceso al interior, y hubo necesidad de que unos á otros nos ayudáramos para poder escalar aquellas rocas que amenazan de un momento á otro rodar y arrastrar consigo al osado viajero que posa en ellas sus plantas. Una vez que estuvimos fuera pudimos, gracias á la luz de la luna, encontrar nuestras cabalgaduras y emprender la marcha rumbo á Cacahuamilpa. Estrecho y sinuoso es el camino que seguíamos, teniendo á un lado lo más profundo de la barranca y por el otro lo más elevado de la montaña, lo cual nos obli-

gó á seguir de uno en uno extendiéndose así considerablemente la caravana, pudiendo apenas los que íbamos al fin alcanzar á ver con los pálidos rayos de la luna creciente los que formaban la cabeza de la comitiva; pero sí pudimos notar que todos íbamos en silencio, quizá rendidos, quizá sumidos en el mar de reflexiones que nos traía á la imaginación la serie de impresiones que habíamos experimentado durante el día que finalizaba; impresiones que, como muy bien nos decía después el Sr. García, sus recuerdos los tendremos durante toda la vida y quizá formen una de las pocas páginas rosadas que se puedan encontrar en el libro de nuestra existencia. No recordamos á punto fijo á qué horas llegamos al pueblo de Cacahuamilpa á la casa de D. Crescencio; pero debe haber sido muy tarde porque apenas pudimos tomar algún alimento, preparar nuestro catre y caer sobre él desplomados, exhaustos por completo de fuerzas. No era sólo el cansancio muscular, era el agotamiento nervioso el que nos había postrado.

Todos quedamos instalados en una galera que sirve á D. Crescencio para guardar el producto de sus cosechas, excepto las señoritas que fueron cómodamente colocadas en una pieza especial de la familia, en la que además se les proporcionó una cama de otates que en aquellas condiciones débeles haber parecido colchón de pluma, no obstante que por su imperfecta colocación sobre dos desiguales bancos de madera, estuvo á punto de dar en el suelo con su preciosa carga.

Una vez acostados no hubo quien se acordara de alacranes ni musarañas, sino todos rendidos de fatiga dormimos á pierna suelta, siendo tan sólo interrumpido nuestro sueño de tiempo en tiempo por los sonoros y poco armoniosos ronquidos de algunos de los compañeros. A otro día muy de madrugada un repique dado á todo vuelo en la iglesia nos sacó de nuestro sueño, sin que por eso nos sacara de nuestra cama, pues todavía permanecimos en ella largo rato escuchando el monótono toque de una tambora que tocada como con máquina no cesó durante toda una hora de estar dando golpes pausados. Luego que

nos levantamos pudimos averiguar que había una fiesta en la iglesia acompañada de tambora y chirimía, pero de cuya orquesta sólo llegaba á nosotros el ruido del parche mal golpeado.

Visita del nacimiento del río Amacusac.

En las primeras horas de la mañana salimos en compañía de los Sres. Altamirano, Toussain y Lozano á recorrer un poco el pueblo y á visitar el pequeño manantial que surte de agua á la población. Uno de los hermanos de D. Crescencio nos conducía, dándonos noticia sobre todo lo que le preguntábamos. El manantial está inmediato á los últimos jacaes y sale de por entre unas rocas; recogen su agua en gran estanque y de allí la reparten convenientemente para los riegos de las huertas y otros usos, no por tubos ni cañerías, sino por pequeños arroyos descubiertos que corriendo suavemente por entre una alfombra de pasto y bajo las ramas de los chirimoyos, limoneros, platanos y otros árboles, le dan á aquel lugar de la población un aspecto pintoresco y encantador; cuando nos encontramos en uno de aquellos arroyos cuyas aguas cristalinas apenas murmuraban, no pudimos menos que sentir vivos deseos de experimentar su frescura y desabotonándonos la ropa metimos con agrado los brazos y después nos bañamos la cabeza. Muy contentos regresamos á la casa de D. Crescencio, quien nos salió á recibir anunciándonos que ya estaba listo el desayuno y que nos tenía preparada una buena taza de *gloriado*; cuando oímos aquel nombre no supimos lo que era, pero luego que nos acercamos á la mesa vimos varias tazas humeantes de hojas de naranjo, que es á lo que por aquel rumbo llaman *gloriado* cuando le han mezclado un poco de aguardiente. No resignados á tomar sólo aquello, pedimos á D. Crescencio una poca de leche; pero no nos la pudo conseguir por ser escasas en el pueblo las vacas. Nos acabábamos de tomar nuestra taza de hojas cuando nos llamaron las se-

ñoritas para que pasáramos á su departamento; fuimos en seguida y cuál sería nuestra sorpresa al contemplar sobre la mesa una taza de rico chocolate cuya espuma pugnaba por derramarse; no creíamos lo que nuestros ojos veían y hasta que lo probamos y saboreamos nos convencimos de ello. No dejó de admirarse menos D. Crescencio cuando no sólo vió el chocolate, sino también un rico vaso de leche, pues el Dr. Altamirano había destapado uno de los botes de leche condensada que llevaba entre sus comestibles. Cuánto agradecemos esa mañana aquel chocolate, sobre todo cuando vimos á las señoritas que sentadas junto á un fogón, con los ojos llorosos por el humo y las mejillas encendidas por el calor, batían con sus propias manos aquel chocolate que recordaremos siempre.

Poco después del desayuno nos dispusimos para la marcha y á las nueve de la mañana emprendimos el camino que conduce á lo que llaman las bocas, el cual al principio es el mismo que se dirige á la caverna; pero después hay que bajar á la barranca por una vereda angosta, pedregosa y sumamente irregular que no es posible pasar por ella sino á pie, por lo que tuvimos que dejar las cabalgaduras. Por ser unos más ágiles que otros, se dividió la caravana en varios grupos: nosotros permanecimos en el que formaba el Dr. Altamirano y su familia, acompañados del Dr. Govantes y del Sr. García que á cada rato nos hacía reír con sus chistes y buen humor; en cambio nos distrajimos tomando una vereda que no era la que debíamos seguir y tuvimos después que regresar y pasar por puntos verdaderamente difíciles para poder seguir el camino. En esta vez pudimos una vez más admirar la fortaleza y serenidad de nuestras compañeras de viaje, pues no obstante que hubo momentos en que tuvimos necesidad de descolgarlas por medio de cuerdas entre breñales, por entre rocas lisas y acantiladas, ellas siempre imperturbables parecía que no comprendían el peligro ó que estaban acostumbradas á él, y sólo se apenaron cuando vieron que una rama armada de espinas había herido al Dr. Govantes en la frente. Después de muchos trabajos y fatigas logramos